

rrreta", la obra más celebrada de quien es considerado el mejor dramaturgo puertorriqueño de todos los tiempos, René Marqués. El hecho de que este autor muriera hace unos meses y de que en numerosos lugares —entre los que no figura España— se hayan multiplicado los homenajes a su memoria, quizá ha contribuido a la elección del drama. Pero es asimismo evidente que "La carreta" tiene un profundo valor histórico, un valor de crónica y testimonio, que, a estas alturas, es bastante más decisivo para ello que los méritos puramente teatrales o literarios. Y que es ese valor testimonial el que le asegura la supervivencia.

"La carreta" se hizo en nuestro María Guerrero hace muchos años. Era director el ya fallecido Claudio de la Torre y recuerdo que en TRIUNFO se publicó una breve entrevista que yo le hice a René Marqués, un hombre nervioso, de piel oscura, perfil mestizo y un fino bigote de "dandy" europeo. La obra, protagonizada por Elvira Noriega, pasó entre nosotros sin pena ni gloria. Era lógico. Formalmente, era un drama naturalista, con asomos de nuestro teatro rural, que bien poco podía decirnos. Y temáticamente, nos contaba una historia en la que no nos era posible descubrir su fuerte carga testimonial. A nosotros nos pareció "un caso específico", la historia de una familia singular, lo que era sustancialmente la expresión de un drama colectivo: el tránsito de una familia puertorriqueña, primero del campo a un barrio de San Juan y luego de San Juan a Nueva York. ¿Qué sabía el público teatral español del drama político de Puerto Rico? Ignorancia que nos colocaba frente a la obra en situación bien distinta a la de los espectadores puertorriqueños, que ven en "La carreta", de René Marqués —estrenada en San Juan en 1952—, la gran expresión escénica del drama nacional.

Obras posteriores, escritas por los "new ricans", han insistido en la desintegración del puertorriqueño de Nueva York. Pero el mérito de la pieza de Marqués está en cubrir el ciclo que va desde una aldea de la isla a la muerte en cualquier vivienda de Simpson Street. La esperanza, siempre frustrada; el conjunto de circunstancias sociales que co-

rrompen a los personajes, son el caldo de cultivo en que el drama transcurre. Se diría, en principio, que la obra incide en la contraposición tantas veces repetida, de la "pureza de la vida aldeana" frente a la sordidez moral de la ciudad. Pero obviamente no es así. Porque el campo es en este caso una dura realidad económica, de la que muy explícitamente los más jóvenes quieren liberarse, y el sucio San Juan o la sucia Nueva York que encuentran en su camino son dos barrios concretos, La Perla y Simpson Street, bien diferentes de las zonas confortables de ambas capitales. Estamos, en fin, ante el drama del éxodo puertorriqueño. Y eso, aunque en el teatro todo parezca siempre hijo de la imaginación, es historia. La historia recordada en la apertura de la Olimpiada Cultural de Puerto Rico dos días antes de la conmemoración oficial —4 de julio— de la independencia de los Estados Unidos. ■ JOSE MONLEON.

DISCOS

Lo mejor de Michael Franks

El mérito principal de los compositores e intérpretes surgidos en los últimos años dentro del género que mejor puede llamarse

"canción ligera" es, sin duda, el de haber conservado un producto de artesanía que parecía en trance de extinción. Los Burt Bacharach, Morris Albert, Paul Williams y demás están muy lejos de grandes como Cole Porter o Irving Berlin, o aun de medianos como Hoagy Carmichael, pero por lo menos nos han hecho el favor de haber servido de puente entre esos nombres legendarios y una nueva generación de cultivadores de la música *standard*. Una generación cuyo adelantado principal, por ahora, se llama Michael Franks.

La historia de Michael Franks no tiene muchos detalles románticos que permitan elucubrar sobre el repentino brotar del genio, y todo lo más podría servir de base para una de tantas comedias. Formado en las sofisticadas disciplinas de las Universidades norteamericanas, incluso autor de una tesis, que ya versa sobre aspectos de la creación musical, Franks decide dedicarse a este último menester tras no pocas vacilaciones. Siguen algunas pruebas en distintos géneros, y con ellas logra hacerse una primera fama de letrista sardónico, que de algo tiene que valer un doctorado en Literatura; coloca algunas canciones en el repertorio de otros intérpretes, o en películas como "La esposa comprada", de Jan Troell, y así va tirando hasta que consigue grabar un primer LP en una compañía pequeña. Tópico más que repetido, el disco no se vende bien, pero

llama la atención de un directivo de la Warner, que ficha a Michael Franks, quien pasará a beneficiarse del aparato de promoción típico de las grandes multinacionales fonográficas. De entonces hasta ahora, Michael Franks ha podido grabar cuatro álbumes más. El último, el de mayor éxito, es el primero suyo que se edita en España.

Los críticos de este país acostumbra a decir que lo verdaderamente bueno de un autor es lo que no se conoce de él aquí; por cumplir con esa norma, yo debería defender que cualquiera de los anteriores discos de Michael Franks vale más que este "Tiger in the Rain" (Hispavox 90.123). Pero no puedo hacerlo, porque si hay algo indiscutible en dicho álbum es que se trata del mejor de Franks hasta la fecha. Hay varias razones para que así sea. Primera, la impecable producción de John Simon, que logra superar incluso el trabajo de su predecesor, nada menos que Tommy LiPuma, el artífice, entre otras cosas, de la actual fama de George Benson. John Simon ha coincidido con LiPuma en dar a las composiciones de Michael Franks un tratamiento a medio camino entre el jazz y la *mood music*. Encargado también de los arreglos, para ejecutar éstos ha reunido a varios de los mejores profesionales de la Costa Este: como lujo especial, los acompañamientos vocales corren a cargo de Flora Purim. El mérito de John Simon ha sido hacer del todo resultante algo más que la suma de los elementos que forman parte de él: convertir el reparto estelar en un equipo sólidamente integrado.

La disposición y selección de los temas, y la calidad intrínseca de éstos, son las restantes razones. Las nueve canciones de "Tiger in the Rain" son, por separado, otros tantos ejemplos de inspiración y artesanía, y en conjunto crean un ambiente que no está lejos del de las mejores composiciones "tropicales" de Cole Porter, o del de los temas más refinados de Antonio Carlos Jobim. Y conste que las comparaciones, que seguramente gustarían al propio Michael Franks, no son caprichosas ni exageradas, sino que brotan de cualquier audición mínimamente detenida. Compruébenlo, porque merece la pena. ■ JOSE RAMON RUBIO.

Michael Franks.

